

Rodolfo Walsh

Kimonos en la tierra roja*

*Vinieron de lejos con sus tractores y sus canciones.
Nueve años más tarde enfrentan la secular desgracia del campesino
japonés: no era ésta la tierra prometida.*

Sobre la tierra roja que se abre muy cerca en perspectivas de selva, las muchachas bailan vestidas con el kimono y el *obi* multicolores y tocadas con grandes sombreros de paja. El tiempo, el sol y el agua han propiciado la cosecha que las conmovidas voces agradecen al cielo en su canto, mientras las manos miman el movimiento de sembrar.

Las campesinas que en la media luz del crepúsculo reviven las antiguas invocaciones mágicas se llaman Yashiko Takeichi, Aíko Kanmuse, Sachiko Kawamura, Yoshiko Kotó, pero sobre el fondo de la fotografía que registra su danza, se recorta sombrío en el cielo un lapacho.

Porque esto no es Japón. Esto es Misiones.

Cuando Pablo Alonso y yo nos vamos esa tarde de Colonia Luján, llevamos la pena de no quedar más tiempo con esa gente maravillosa y desdichada. Y en los lugares más imprevistos me asalta la melodía del *kono ionó haná*, desgarrando la tarde; me sonrío con la seriedad imperturbable del niño Sinichi; o dialogo sin palabras posibles con la viejita Yatsuda que perdida quién sabe en qué brumas de separación y congoja cose sus paquetes para irse.

Es ya mucho después, traqueteando en un ómnibus por imposibles caminos, a la salida o entrada de un pueblo cualquiera, ocre de

* Esta crónica, publicada originalmente en la revista Panorama, en 1967, se incluyó luego en la antología El violento oficio de escribir. Obra Periodística 1953-1977 (Primera edición, 1995). Edición a cargo de Daniel Link, Editorial Planeta, Buenos Aires, 1995. Y en la 2da Edición, corregida y aumentada, a cargo de Daniel Link, con Prólogo de Rogelio García Lupo, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 2010.

polvo o amarillos de tedio y fatiga, que oigo a Pablo murmurar entre sueños:

—La princesa.

Y sé sin duda posible que está nombrando a Yukie, y que la está viendo como yo la veo, quitándose las sandalias para entrar en su cuarto, sus manos pasando las hojas del cuaderno de música o su cara bellísima diciendo palabras que nunca podré comprender.

El país de la promesa

Sobre la ruta 14, a mitad de camino entre Posadas y Puerto Iguazú, se extienden las 3.100 hectáreas compradas en 1957 por el gobierno japonés para radicar noventa familias emigrantes. El pueblo más próximo es Garuhapé, y el centro de influencia Puerto Rico.

La forma en que llegó aquí Shigemori Matonaga resume la forma en que llegaron los demás. Campesino en la provincia de Niasaki, era dueño de cuatro hectáreas. Le ofrecieron treinta en la remota Misiones. ¿Misiones? Le mostraron películas en colores donde se veían naranjales parejos, suaves colinas cubiertas de pinares, arboledas de tung con sus flores rosadas. Vendió su chacra, pagó la primera cuota de la tierra desconocida que valía dos mil dólares y se vino con su familia de siete personas.

Lo que no le dijeron fue que la mitad de su chacra estaba cubierta de monte, que las piedras que afloran en la tierra harían trizas las rejas del arado, que las lluvias arruinarían una y otra vez su cosecha de tabaco.

A Sadehiro Yamato le pintaron un cuadro aún más idílico. En poco tiempo se haría tan rico que tendría un auto negro, y su mujer un auto rojo, y sus hijos un auto verde. Tres años después mira contrito el grabador *Hitachi* en el que va quedando estampada la historia de su desilusión.

—Yo grabador antes tengo —dice—. Vendí. Máquinas de foto, dos tengo, también vendí Radyo, motobizicureta, terra de japonés, todo vende. Este año motor vendo, nada queda.

Había traído sus máquinas, sus vehículos, sus equipos electrónicos. Hoy sólo quedan tres jeeps, un tractor. Los hombres aran la tierra con lentos bueyes, las mujeres acarrearán el agua con baldes su-

jetos a largas pértigas, lámparas de kerosén parpadean de noche en las casas.

—Todos pensando cómo vivir —dice en la administración este hombre de lentes redondos que enmarcan unos ojos pequeños y oscuros donde late una misteriosa alegría—. Colonos muy pobrecitos, si Misiones no ayuda colonia, levanta colonia.

Suso Sekiya ríe brevemente tras este enunciado dramático. Todo el mundo sabe que Misiones —que atraviesa la peor crisis de los últimos treinta años— no puede ayudarlos. En realidad, la colonia se está despoblando sola. El año pasado se fueron quince familias, a Posadas, a Buenos Aires, o de regreso al Japón. Este año, otras quince.

En Puerto Rico, el comerciante Osvaldo Brandt explica lo sucedido:

—Iniciaron cultivos a largo plazo: tung, citrus, madera. Esas plantaciones rinden después de varios años. Se quedaron sin dinero, nadie los financió, debieron vender las máquinas para vivir. Es una lástima porque en poco tiempo más hubieran salido a flote.

En el invierno de 1966, el éxodo general era una certidumbre, a menos que ocurriera un milagro.

El páramo

Llegamos por los caminos de la colonia a una chacra reducida a malezal donde vive la familia Nisiuchi. Una choza fabricada con rezagos de láminas de madera (regalo de la cercana laminadora) tiembla a impulsos del viento.

El padre está afuera, trabajando. La señora Nisiuchi, vestida con unos pantalones remendados, se encorva al caminar, mira de soslayo con una sonrisa desdentada.

—No hay prata —repite sin cesar, abarcando el desolado paisaje—. Capuera todo, todo.

Ese “todo” explosivo, casi monosilábico, define el mundo reducido a páramo, las esperanzas perdidas en días y noches de trabajo sobre surcos y liños, la miseria ensañada en los seis chicos (dos argentinos) que revolotean a su alrededor.

Llegamos después a un increíble, altísimo, desventrado galpón de láminas y paja, que es al mismo tiempo casa, gallinero, secadero de

tabaco. Una vieja de cabello blanco y cara dulce se pasea en la brumosa penumbra hendida de rayos de sol, extraviada y sola y triste como un fantasma.

—Yendo —dice—.Yendo.

Es lo único que se le entiende antes que vuelva a una elegía insondable que recita para ella sola, caminando, tocando los cajones donde ha embalado todas sus cosas, bajo el techo altísimo, las paredes finas como papel por donde se cuele un viento agrio y frío.

Se ríe como una loca cuando descubre a Pablo agazapado tratando de fotografiarla. Ahora está sentada en una cama, cosiendo un pequeño zurrón en que embala su ropa. Se ha puesto anteojos y sigue murmurando esa honda letanía, hasta que de pronto surgen nítidas en castellano esas dos palabras “Marido morir”, seguidas nuevamente por el flujo indescifrable: *mágoga rokuni...* Ésta es la señora Yatsuda, olvidada hasta de sí misma, un símbolo, una sombra, regresada a una edad infantil en que canturrea y camina por un prado, allá lejos, y es feliz porque nadie se ha muerto.

Su hijo nos cuenta la misma historia de todos. El tabaco. La lluvia. Setiembre planta tabaco. Marzo cosecha tabaco. Julio vende tabaco. Pero lluvia siempre, lluvia pudre tabaco. Sonríe esa sonrisa inexpugnable, y es tal vez un momento de debilidad lo que tiene cuando dice:

—Aquí, amigos tan pocos.

En la chacra de Yatsuda, la fruta del tung se pudre en el suelo. Los que plantaron y debieron aguardar seis o siete años para cosechar, han contemplado, impotentes, la caída descomunal del precio. Yamato sacó 75.000 pesos por sus dos toneladas de tabaco, pero sus gastos del año ascienden a 200.000. Sasaki obtuvo 240.000 pesos, necesita 350.000. Nomata ha vuelto la espalda a su plantación de yerba, cuya cosecha está prohibida este año y se defiende con un pequeño almacén. Yamato, nuevamente, mira su pequeña plantación de yute y dice con resignado humor:

—Con yute hacer piola. Con piola, ahorcar. Pero otros resisten todavía.

Los que se quedan

Frente a la casa de ladrillos y madera de Hidesaburo Hayashi, se extiende la mancha negra de la fruta del tung tendida a secar. Con su mujer

Yoshíe y su hijo Tomotada, tienen dieciocho hectáreas que este año dieron su primera cosecha y les permitió asociarse a la tungalera de Santo Pipó. En el establo gruñen veinte cerdos y doce lechones. Los Hayashi admiten que hasta ahora trabajaron solamente para comer, pero el año próximo ha de alcanzarles para desmontar el resto de su chacra.

Ellos están a salvo.

También parece estarlo este anciano salido de una estampa que camina doblado en inverosímil ángulo recto. Se llama Takahei Shin y tiene 75 años. Sus hijos nos dicen que aún no piensan irse. Estuvieron cuatro años en Santo Domingo y se vinieron porque había muchas revoluciones. El viejito entra en la cocina, se arrima en cuclillas al fuego donde hierve una olla negra, y la sonrisa con que dice “*Gracias*” cuando nos vamos parece también animada por un antiguo fuego.

En el patio de la familia Ida hay un jeep, y en el interior de la casa la familia termina de almorzar: la sopa de puerros (*misusiru*), el arroz con palitos, y a modo de té, un mate cocido verde y transparente en jarritos de porcelana.

Harumi Ida tenía dieciocho años en 1937 cuando fue a pelear a China como soldado raso. Cuatro años después regresó a su patria y quedó de guarnición en Shikoku hasta el fin de la guerra. Cuando volvió a su ciudad natal, su casa no existía y su familia había muerto. La ciudad era Hiroshima.

En la casa de Harumi, uno entra con la prisa algo insolente que demanda un fatigado oficio; sale haciendo instintivas reverencias y juntando los pies. Hay algo intangible que va más allá de la certera cortesía de cada movimiento, cada palabra, como si entre estos campesinos la palabra cultura reasumiera su significado original.

Les pedimos que canten y vemos, ya sin asombro, que los cinco miembros de la familia leen música. Ahí están todos juntos alrededor de la mesa, el reposado Harumi, la apacible señora Yoshiko, la hermosa Yukíe, el serio Ryuske y el joven Shogi pulsando una guitarra. Unidos de pronto en el recuerdo del país que dejaron, cantando con voces tiernas y afinadas a la luna que asoma sobre el viejo castillo en ruinas: *Kosyo no tsuki*.

La familia Ida llegó hace apenas un año. En ellos las esperanzas están intactas, como los tabiques de madera de su casa, el motor eléctrico, el jeep, la firme sonrisa de Harumi y sus hijos.

Sinichi y compañía

En la galería de la escuela, Kasuya Hoka nos habla en un castellano claro aunque sacudido por corrientes eléctricas. Kasuya tiene diez años, una belleza de porcelana y una malicia jocunda y desafortada.

Por el camino se acerca una pequeña silueta, con su portafolios bajo el brazo.

—Ahí viene Sinichi —dice Kasuya.

—Ah —le respondo—. ¿Es tu amigo?

—No —dice Kasuya—. Es Sinichi.

—Pero es tu amigo.

—No —dice Kasuya—. Es mi enemigo.

A diferencia de Kasuya, Sinichi tiene una seriedad impávida. Camina y se mueve con cierta rigidez ceremoniosa que ya es elegancia ancestral.

—Buen día, Sinichi —le digo.

Los ojos de Sinichi se dilatan de asombro (no hemos sido presentados). Parece que va a sonreír, pero se contiene y es apenas un gesto imperceptible de diversión e intriga lo que se dibuja en sus labios. Hace una pequeña reverencia y contesta:

—Buen día.

Sinichi tiene doce años. Lleva la casaca negra, abotonada hasta el cuello con dorados botones repujados de emblemas, que usan en su país los escolares.

—Así que Kasuya es tu enemigo —le comento.

—No —responde Sinichi—. No es mi enemigo.

—Él dice que sí.

—No —dice Sinichi—. Es medio enemigo.

En el Nordeste argentino los maestros rurales están acostumbrados a resolver problemas difíciles. Quizá ninguno más arduo que el que se les presentó a los esposos Kiang cuando en 1963 se hicieron cargo de la escolita provincial número 86, que sirve a la colonia. César Kiang es argentino y descende de japoneses de Okinawa, pero no hablaba una palabra de japonés. Su mujer, Myriam Acevedo, es correntina.

Los chicos no entendían castellano y la comunicación con ellos parecía imposible.

—Les contaba cuentitos, siguiendo el método común —recuerda Myriam—. Yo veía esos ojos enormes y fijos, después los primeros bostezos. No comprendían nada y se aburrían. Apelé a los dibujos y las cosas mejoraron. Pedí diccionarios y poco a poco aprendí el japonés. Hoy los chicos de sexto grado estudian con los de primero inferior y les sirven de intérpretes.

El hijo mayor de los Kiang tiene ocho y estudia en la misma escuela con los sesenta japonesitos. Se llama César Antonio, pero ellos lo han rebautizado Koshi. Resulta curioso oír a este pequeño correntino de pelo rubio hablar en japonés con sus compañeros. Por supuesto Koshi está desarrollando precoces aptitudes filológicas. Gozosamente nos explica que “Aña” quiere decir diablo, tanto en japonés como en guaraní.

El éxodo de la colonia preocupa a los Kiang.

—Ahora que las cosas iban bien en la escuela —comenta César— empiezan a irse.

Voces en el crepúsculo

Hay una flor (decía la canción) que crece igual que las demás pero sin que nadie la vea y que muere con lágrimas. Es la flor del primer amor.

Hubo un samurái que volvía de tierras lejanas con su compañero herido y juró morir con él, y al pisar su patria se hizo el harakiri junto al cadáver del guerrero.

Hubo un guardafaro que tenía una hija, y la hija contemplaba todas las tardes el mar por donde debía venir su prometido que nunca volvió.

La tarde se desgrana en antiguas canciones, lentas y mágicas danzas sobre la roja tierra misionera, brillos de marfil de las manos, belleza hierática de las caras, esplendor de las sedas bajo el último sol. Una sombrilla roja está caída en el suelo. Aíko Kanmuse baila por última vez con sus compañeras. Mañana se irá para Buenos Aires.

En las sombras iniciales de la noche flotan con punzante ironía las palabras extrañas que agradecen a la tierra la buena cosecha. Porque eso, también, parece ahora una leyenda.

Rodolfo Jorge Walsh (1927-desaparecido, 1977). Periodista, escritor y traductor. Es especialmente reconocido por su lucha contra el terrorismo de estado y por ser un pionero en la escritura de no ficción entre la que se destaca *Operación Masacre* (1957), aunque también sobresalió como escritor de ficción.

Trabajó en las revistas *Leoplán* y *Veá y Lea*, y en la editorial Hachette, como traductor. Publicó las antologías *Diez cuentos policiales argentinos* (1953) y *Antología del cuento extraño* (1956).

En 1953 salió su primer libro *Variaciones en rojo*, tres novelas cortas de género policial, con el que obtuvo el Primer Premio Municipal de Literatura de Buenos Aires. Fue un importante cuadro político de Montoneros. En 1976 desaparece su hija Victoria y al año siguiente pasa a la clandestinidad. En esa condición el 24 de marzo de 1977, al cumplirse el primer aniversario del golpe militar, Walsh terminó su última obra —acordada con la organización Montoneros—, la *Carta abierta de un escritor a la Junta Militar*, en la que denunciaba tanto los crímenes de secuestro y desaparición de personas como las consecuencias de las políticas económicas de orientación neoliberal.

Además de las obras mencionadas, publicó los libros de cuentos: *Los oficios terrestres* (1965), *Esa Mujer* (1966), *Un kilo de oro* (1967) y *Un oscuro día de justicia* (1973). Es autor de dos obras teatrales y entre sus publicaciones periódicas se destacan, además de *Operación Masacre: ¿Quién mató a Rosendo?* (1969) y *Caso Satanowsky* (1973).
